

te para que la gente de nuestro barco pasase al suyo; lo cual se verificó en tres viages. Los enemigos biraron entónces de bordo, y ciñeron el viento en vuelta de la costa, de la cual estábamos ménos apartados de lo que yo creía.

En las cuarenta horas que duró nuestra travesía, estuvimos rigurosamente cerrados en dos camarotes contiguos, el uno de los cuales fué destinado para la duquesa, sus hijos y la aya de Carlos, y el otro para el duque y para mí; pues el criado viejo se habia quedado con su muger en la isla. Metieron lo restante de la tripulacion en la bodega, y no se le permitió la menor comunicacion con la de la fragata. Estas precauciones, que únicamente se practican con los prisioneros de guerra y con los reos de estado, me hicieron creer que no estábamos en poder de un pirata.

Salí de toda duda, cuando habiendo arribado al desembarcadero, nos cargaron de grillos y cadenas sobre la misma cubierta de la fragata, como si fuésemos alevosos delincuentes; y en medio de la gritería y silbidos del populacho, nos condujeron en seguida á la cárcel, donde supimos que se nos habia perseguido y preso de órden de un representante del pueblo, delegado en el ejército de poniente, por estar acusados de crimen de alta traicion. No nos dijeron mas; pero era fácil adivinar los motivos que podían haber dado margen á impudarnos tamaño delito.

Miéntas que en todo aquel dia y en la noche siguiente ignoré el nombre del diputado, tuve esperanza de librar á Carlos del largo cautiverio, y tal vez de la proscripcion, á que le condenaban su nacimiento y la tiranía, aun cuando yo no pudiese escapar del suplicio, que la seguridad, ó mas bien la política del

estado prescribía que se me impusiese. Desesperé enteramente, luego que por la orden que se me pasó para comparecer delante del diputado, supe cómo se llamaba; pues era uno de los mas crueles procónsules, que abortó la tiranía para devastar el territorio frances. Heredero del inexorable furor de Saint-Just, á quien ayudó en sus sanguinarias tareas, parecía haber recogido su testamento, para ser el albacea que cumpliera su voluntad; y se hacía tanto mas temible, porque ocultaba su alma atroz bajo un exterior benigno, y sabía dorar con blandas palabras las proscipciones que fulminaba. Es tambien verosímil, que con los atractivos de su carácter se debió granjear el aprecio y confianza de los comisarios, que acaso querrian en la realidad el bien, aunque la conducta y principios de este encargado los calumniaron y deshonraron.

Despues de las primeras fórmulas del

interrogatorio, me preguntó, si conocía á Luis Cárlos Capeto, hijo del último rey. ¿Quién no le conoce, respondí, en Paris, donde vivo, en Francia, de la cual soy ciudadano, y en Europa, que le compadece por sus desdichas? — ¿Estás enterado de la huida ó raptó de dicho Luis Cárlos Capeto? — Por la fama pública. — Has tenido parte en esto? — El ciudadano representante puede conocer, que aun quando fuera esa mi voluntad, me faltarían los medios para ponerlo por obra. — Te equivocas, pues reunes los medios y la voluntad, y has dirigido en el todo, ó en parte por lo ménos, esta maquinacion. — Si lo que ha dicho el ciudadano representante, es un hecho, será inútil el negarlo, y escusado el confesarlo; pero si es una mera suposicion, entiendo que no estoy obligado á dar ninguna respuesta. — Eres arrogante, ciudadano. — Todo hombre libre debe serlo,

ciudadano representante. — Pero no es preciso que junte el orgullo con la doblez. — Tampoco lo es que la autoridad vaya acompañada de la tiranía. — Arrugó las cejas el delegado, hizo un ademán de cólera que reprimió al punto; y como hombre acostumbrado á sondear los ánimos, y á tener á raya sus arrebatos, repuso con acento suave y apacible: Estás mal informado: el 9 de termidor destruyó la tiranía, y ya no levantará en adelante la cabeza. Yo no busco mas que la verdad, ni quiero otra cosa que la justicia; y me será muy satisfactorio ver que es inocente, el que me han denunciado como culpable: te pregunto con ingenuidad, y quiero que me respondas sin rodeos. ¿Es Luis Carlos alguno de los tres niños que iban en tu corbeta? — Tu pregunta supone desde luego que conozco personalmente á Luis Carlos. — Lo has confesado poco ha. — Que le conocía, como le cono-

cen la Europa, Francia y Paris; mas nunca he dicho que le conociera personalmente. — Ese sistema de negar que has tomado, es inútil. Luis Carlos Capeto es uno de los dos muchachos apresados en tu barco: el tercero es una niña. — No solo es inútil, como acabas de decir, mi sistema de negar, sino que tambien lo es este interrogatorio. ¿Para qué, y sobre qué me preguntas, si ya lo sabes todo? — Calló el representante un poco, y luego replicó: ¿Conqué confiesas que he averiguado la verdad, que conoces por consiguiente á Luis Carlos, y que estaba á bordo de la corbeta? — Ninguna de estas cosas ha salido de mi boca. — Pues qué has dicho? — Nada.

Hizo entrar entónces á uno de los dos niños, que era cabalmente el de la duquesa, mayor de algunos meses que el príncipe, y tan amable como él, aunque ménos vivo. Por las preguntas que

hizo alternativamente á él y á mí, pude colegir que léjos de saber el representante, cuál de los dos era Luis Carlos, ni aun tenía certeza de que estuviese en su poder. El niño Julio no pudo sacarle de la duda con sus sencillas respuestas; aunque las noticias que le dió sobre la escena del túmulo, que él había presenciado, corroboraron mucho sus sospechas. Pero como abrían un campo tan vasto á las conjeturas, aumentaron su confusion, pues aun suponiendo que ya estuviese bajo de su dominio el hijo de Luis XVI, faltaba siempre averiguar, cuál era de los dos niños. Esta comprobacion hubiera sido con todo fácil, á no ofrecerse tantas dificultades en la primera.

Procuró el delegado vencerlas, llamando al hijo del rey despues que hubo interrogado á madama de*****. Al considerar á este desventurado, espuesto en su tierna edad á los lazos de tan

infame ardid, no pude dejar de horrorizarme, conociendo que la menor equivocacion podía perderle; y cotejando su situacion con la de Joas, cuando estaba en la presencia de Atala, hice al cielo la misma súplica que le dirige la piadosa Josabet:

Pon, gran Dios, tus palabras en su boca. (*)

Hijo mio, le dijo el diputado con tono cariñoso y lleno de bondad, llégate y no tengas reparo. Cómo te llamas? — Augusto. (Este era el nombre que se le daba desde que pasó á la isla.) — Qué eres? — Huérfano. — Has conocido á tus padres? — Viendo que iban á saltarle las lágrimas á mi desventurado pupilo, le tomé la palabra, y respond al representante: Ya puedes inferir por sus suspiros, que solo con recordarle la

(*) Alude el autor á la escena 7.^a del acto 2.^o de la *Atala*, tragedia del célebre RACINE.

memoria de sus padres, á quienes no ha conocido, (dije estas palabras con énfasis y mirando á Carlos) se le renuevan sus penas. Si la humanidad tiene algun influjo en tu corazon, no atormentes á este infeliz, mencionándole lo que le causa tanto dolor y sentimiento. — El representante me miró con cierto enojo, que procuró suavizar, y siguió preguntando : ¿Cuánto tiempo ha que estás con la ciudadana de*****? (La duquesa se había dado á conocer.) — Muy poco, si lo computo por el gusto que he tenido de vivir con ella.... — Cerca de dos años, añadí poniendo la vista en Carlos, que dió muestras de admiracion al oír esta mentira. — Dónde te encontré? repuso el preguntador. — En poder de unos bandidos que me habían robado. — Qué eran estos bandidos? — Ladrones y asesinos. — A dónde te llevaron? — A una caverna oscura. — Presenciaste algunos de sus delitos? — No

se los he visto cometer. — ¿Cómo pues sabes que hacían robos y asesinatos? — Esta pregunta sobrecogió al príncipe y le puso descolorido. Repitióla el representante, aprovechándose de la turbacion de Carlos, el cual contestó bañado en lágrimas : Han muerto á mi padre, á mi madre, á toda mi familia.... — Al oír el diputado esta respuesta, que se oponía con lo que yo acababa de decir, volvió hacia mí los ojos, en ademan iracundo y mezclado con algo de asombro y de maligna sonrisa; y dirigiéndose inmediatamente al niño : Yo estaba, le dijo, en que no habías conocido á tus padres. — Iba á abrir la boca para sacar al príncipe de su conflicto; pero el representante me impuso silencio, y repitió la pregunta, á que Carlos no respondió, por no hallar salida. El diputado mudando de repente de conversacion y de tono, preguntó á la infeliz criatura : Eres amigo de la libertad? —

La he conocido tan poco! — Pero si te la hicieran probar, ¿gustarías de ella? — No hay que dudarlo, si, como dice el *Catecismo republicano*, proporciona la paz, la abundancia y la felicidad. — Hola! ¿conqué has aprendido el *Catecismo republicano*? A ver si te acuerdas de alguna cosa. ¿Cuáles son las obligaciones del hombre libre? — Amar y consolar á sus prójimos, obedecer á las leyes y *castigar á los tiranos*. (Cárlos dijo estas palabras con cierta espresion que denotaba su talento.) — Quiénes son los tiranos? — Los que se hacen superiores á las leyes para oprimir al pueblo. — Qué castigo merecen los tiranos? — La muerte. — El representante, interrumpiendo las preguntas del catecismo, hizo entónces esta: Luis Capeto fué tirano? — Tirano! respondió condolido su desventurado hijo. — Sí, te pregunto, si Luis Capeto fué tirano, y si mereció la muerte. — No, de ningun modo,

esclamó Cárlos: papá no fué tirano; lo son los asesinos que le dieron la muerte... — Qué situacion! qué cuadro! El príncipe, sin hacer mérito de una indiscrecion que le perdía, atendía solo á su dolor, y yo estaba anonadado, mientras triunfaba el pérfido representante. Ya ves, me dijo insultándome con modesta sonrisa, que con buenos modos y una poca destreza se puede averiguar la verdad. Sí, prorumpí libre ya de mi aturdimiento por el mismo horror y por la indignacion; sí, ya veo que la tiranía ha disfrazado su espantoso semblante con la máscara de la hipocresía, y que si dominó en otro tiempo por el furor, reina al presente por el artificio y por la doblez. Pero ese nuevo imperio que habéis usurpado, aprovechándoos de la buena fe de vuestros conciudadanos, será muy pronto arruinado, como lo fué el que obtuvo el pueblo de la debilidad de sus reyes. Al modo que hemos

visto venirse abajo los cadalsos por el crecido número de las víctimas, vuestro Gobierno será tambien envuelto, cogido y sufocado por sus mismos lazos: caerá de lo alto de su ensangrentado trono en el polvo de que se levantó, y en el menosprecio universal, que es mas horrible que la nada. Dichosa Francia, si te libiertas á un tiempo de los tormentos de tus verdugos y de los enredos de sus agentes; y si recibes tu prosperidad, gloria y reposo de la mano de un legislador, que conozca el corazon del hombre, de un filósofo religioso, de un verdadero estadista, y de un genio virtuoso, para comprenderlo todo en una palabra. Entónces se cicatrizarán tus llagas, y cesarás de llorar: nadie tendrá que fingirse vicioso, como en tiempo del Gobierno sanguinario, ni virtuoso, como en el presente; y todos se abrazarán sobre los sepuleros de las víctimas, perdonando y olvidando á

los asesinos que fueron causa de tantas calamidades. —

Esta fuerte exclamacion no conmovió ni irritó al representante, que satisfecho por haber vencido, gozaba plácidamente de su triunfo. El acaso, me dijo, y quizá algun tanto de cordura, me hacen superior á ti en esta ocasion, para que no abuse de ella aumentando tus desdichas. Para probarte que este Gobierno, que calumnias sin motivo, no tiene la máxima de oprimir á los vencidos, no solo te perdono por lo que me has injuriado, sinó que quiero mitigar con mi buen procedimiento lo desagradable de tu situacion. Las leyes y mi empleo me obligan á la verdad á pasar el exámen de tu conducta á la comision militar, que se ha establecido para tomar conocimiento de ciertos delitos, á cuya clase pertenece el que se te imputa; pero ni las leyes ni mi empleo me prohíben que temple con la benignidad

el rigor, de que las ha revestido la indispensable precision de mirar por la seguridad pública. Me conduelo sinceramente de ese huérfano, y no tendria por qué estar quejoso conmigo, si yo pudiera decidir sobre su suerte. A fin pues de manifestaros á los dos, que tratáis con un hombre, á quien su encumbramiento y suprema autoridad no ha hecho perder los mas tiernos afectos, dispondré que quedéis juntos en un mismo cuarto. Tendréis de este modo el gusto de vivir y llorar en compañía, hasta que tú seas presentado á la comision, y Capeto enviado á Paris. Tengo muy conocidas las lágrimas del reconocimiento y de la amistad, y sé que pueden curar cualesquiera heridas, por crueles que sean. —

He referido este afectado discurso, que pronunció con mucho estudio, para dar muestra de la justicia y humanidad de hoy dia, que se reduce á pedirle

á uno muy atentamente el permiso para degollarle con la mayor urbanidad. Y ¿quién será tan desatento que se queje ó lo rehuse?

El hijo de Luis xvi y yo fuimos encerrados juntos en un calabozo, que la cortesanía del representante honraba con el nombre de cuarto. Los inesperados acontecimientos, en que Cárlos se habia visto por su desgracia, y las repetidas agitaciones que padeció su alma, le redujeron en un momento al deplorable estado de estolidez é insensibilidad, en que le sumergiera la crueldad de Simon. Al punto que estuvimos solos en nuestro nuevo domicilio, empezó este desventurado niño á manifestar con horribles señales la herida que habia recibido su imaginacion, y lo mucho que se iba empeorando su constitucion física. La vista de la baja y ennegrecida bóveda, las paredes desnudas, las dos malas camas dispuestas para

nuestro descanso, la ventanilla por donde entraba una triste y escasa luz, en una palabra todo lo que estaba á nuestro rededor, reprodujo al pobre príncipe la imágen, todavía reciente, de las penas y trabajos que había sufrido. Comenzó por clavar su desencajada vista en cuanto nos rodeaba, y señalando luego atropelladamente cada uno de los objetos, decía: Una bóveda!... una lumbrera!... una pocilga!... sin duda es el Temple!... — Reflexionando despues y hablando consigo mismo, añadía: ¡Conqué me han puesto preso otra vez!... conqué he vuelto!... ¡Papá, mamá mía, aquí moriré como vosotros!... — Quise cogerle de la mano y consolarle; pero despues de haberme mirado hito á hito por un rato, se tapó los ojos horrorizado, y corrió á envolverse en la manta de la cama. Seguíle llorando; con lo que redobló los gritos, y buscando por donde escapar, cla-

maba en medio de sus convulsiones: Simon! Simon!

Siguióse á esta primera accesion de delirio un largo y penoso pasmo, al fin del cual prorumpió en abundantes lágrimas. Yo tambien las derramé, pues no pude contenerlas, al ver cumplido el funesto vaticinio de la reina, la cual, dicen, pronosticó á su hijo, que espiraría sobre la inmundicia.

Poco tardó en arraigarse una calentura maligna, que le inflamó la masa de la sangre. Fué inútil el cuidado que se tuvo, de que le administrase todos los remedios el compasivo sexo, que despues de complacernos en el discurso de la vida, se dedica con gusto á hacer mas llevaderos los crueles instantes de nuestra muerte. En vano le dispensé todos los desvelos que dicta la compasion y la amistad, pues el desdichado espiró al cabo de treinta y seis horas de un espantoso delirio, en medio de sus

arrebatos, clavando de continuo sus encendidos ojos, y fatigándose en coger con sus débiles manos los fantasmas de su familia, que su afligida imaginacion le hacía ver al rededor de su triste cama. Exhaló finalmente el último aliento de una vida, de que no se había separado ni por un instante la desgracia; pero ántes que se cerrase para siempre la tumba, que le debía recibir, exclamó repetidas veces, juntando sus manos con vehemencia: *Dios mio, yo os lo agradezco, pues voy á unirme con mis padres.* »

Poco tiempo despues de la muerte del Delfin, se concluyó la paz vandeana entre los generales chuanes y los de la república. Es probable que Charette, que fué uno de los primeros en aceptarla, se decidiría, por estar persuadido del ningun fruto de cuantos esfuerzos pudiese hacer á favor de una causa ya desesperada. Al paso que él acreditaba

públicamente su afecto al hijo del último rey, se iba estinguendo á toda prisa el de sus compañeros. La cobarde desidia de unos y el culpable atolondramiento de otros, eran en su concepto una de las principales causas de la pérdida del estado. El Gobierno, desembarazado ya de los malvados que le habían tiranizado hasta entónces, empezaba á ocuparse en restaurarlo. La Constitucion que estaban formando los legisladores mas conocidos por su talento y virtud, anunciaba por lo ménos el restablecimiento del órden y de la tranquilidad, ya que no pudiera lograrse la completa felicidad de la república. ¿Se necesitaban tantos motivos para que volviese al servicio de su pais, el que lo había abandonado con el fin de serle mas útil? Arreglados los artículos de la paz, obtuvo la duquesa permiso para volver á la isla, de que únicamente había salido por servir á su amado alum-

no; y Felzac, puesto en libertad, disfrutó de sus primeros y preciosos momentos en compañía de su amigo Cipriano. Cuando recuerden los dos las indecibles calamidades que sufrió la última familia real, y las de su único heredero, que son todavía mas inauditas, no podrán dejar de reconocer, que nunca despenó el estravagante capricho de la fortuna en una sima tan profunda á otros mortales, mas exaltados á la alta cumbre de la opulencia, de la grandeza, del poder y de la gloria.

RESÚMEN

DE LAS VIDAS

DE MADAMA ISABEL, DE LA DUQUESA
DE ANGULEMA, DE LUIS XVIII,
DE CARLOS X,
Y DE LOS DUQUES DE ANGULEMA
Y DE BERRY.